

I

Pudo ser a principios del año 208 de la hégira (que comenzó el 23 de mayo de 823, según el calendario gregoriano) cuando frente a las costas de Creta se perfilaran las siluetas de diez navíos, o tal vez fueran veinte. Se aproximaron poco a poco, con cierta cautela. Arráeces y alcaides esperaban alguna sorpresa de última hora. Unos y otros advirtieron a su gente para que se preparasen, no se creían tan afortunados. En el tiempo que llevaban navegando con rumbo norte, no se habían cruzado con ningún navío enemigo. Las noticias que les habían transmitido aquellos comerciantes en Alejandría resultaron ciertas. La guerra civil entre los bizantinos fue una bendición de Dios y aquí cada uno agradecía al suyo propio, pues en aquella flota se mezclaban cristianos y musulmanes, egipcios y andalusíes. Solía ser lo común.

Como todo en el califato abasí, muchos de los usos y costumbres se remontaban a la época de la conquista, allá por el año 641. Desde ese momento, la marinería encargada de maniobrar los barcos estaba compuesta en su mayor parte por coptos, mucho más habituados a la navegación que los árabes, mientras que los hombres de guerra solían ser musulmanes convertidos en la élite guerrera segregada del resto. Sin embargo, la mezcla de roles era frecuente. Cada grupo estaba mandado por su propio oficial, los marineros por su arráz y los soldados por el «alcaide del mar». Tal bicefalia solía dar lugar a problemas, sobre todo cuando se trataba, como es el caso, de una expedición de saqueo. Muchas eran las veces en las que la tripulación de los barcos se veía obligada a permanecer a bordo mientras los militares amasaban un botín que después se negaban a compartir. No eran raros los motines que terminaban con los marineros saqueando por su

cuenta, como se relata que ocurrió en Chipre cuando la atacó el omeya Muawiya en el año 28 (del 25 de septiembre de 648 al 13 de septiembre de 649).

A cada golpe de remo, los entre mil quinientos y tres mil hombres que componían la escuadra se mostraban más ansiosos por saltar a tierra. Seguía sin percibirse ninguna señal de peligro, nada por lo que preocuparse. Más de alguno pensaría incluso que la isla estaba deshabitada, a juzgar por la quietud que se observaba en sus costas. Algunas tradiciones aseguraban que Creta había sido conquistada en tiempos del califa al-Walid (705-715), y que la perdieron para volver a ocuparla, en parte, unos pocos años más tarde, en época de Harun al-Rashid (786-809), aunque ninguno de ellos tuviera idea de nada de esto. Pero no era sino una tradición heroica sin fundamento, para engrandecer la figura de los califas implicados. Desconocían si había musulmanes asentados. De hecho, habían puesto proa hacia esta isla porque las otras ya las habían saqueado en anteriores ocasiones. Vivían de eso, de la rapiña, y navegaban a ciegas, sin saber qué se encontrarían en cada uno de sus destinos.

Confiabán en Umar ibn Hafs ibn Isa, al que todos conocían por su *kunya* Abu Hafs, un andalusí, como la mayoría de los que se habían enrolado en aquella expedición, procedente del Fahs al-Bullut (el Valle de los Pedroches, al norte de Córdoba) y al que apodan al-Ghaliz, ‘el gordo’ o ‘el corpulento’, lo que da una idea de su aspecto físico, sobre el que no se dispone de mucha más información.

Esta vez, el emir no los acompañaba. A decir verdad, llevaba años sin embarcar personalmente en ninguna de las aceifas que zarpaban de Alejandría con distinto rumbo. Sus responsabilidades eran otras y no debía arriesgar la vida a la ligera. Aun así, conservaba todo su carisma entre los suyos, y a sus enemigos les aterroriza el mero recuerdo de las masacres de aquel año no tan lejano.

Era una flota «invisible», y jugaban con ello, con la confusión que causaban entre las poblaciones costeras a las que se acercaban, incapaces de darse cuenta del peligro hasta que era inevitable. En la lejanía, resultaba imposible diferenciar a qué nación pertenecía

la escuadra, puesto que las embarcaciones construidas en los arsenales de Constantinopla, Alejandría, Qayrawan o Pechina eran iguales. Las decenas de barcos aproximándose a la costa cretense podían divisarse como parte de la flota imperial y el engaño no se descubría hasta que alguien distinguía las banderas que ondeaban o leía la *basmala* inscrita en la banda de proa: *bismi-llah al-rahman wa-rahim*, ‘en el nombre de Dios, el clemente y misericordioso’. Los griegos describían las naves como *ploia makrá*, literalmente ‘barcos grandes’, una forma de referirse a las galeras de guerra. Navíos de en torno a unos treinta metros de eslora, con la proa y la popa curvadas, una sola fila de remeros, veinticinco por cada banda, y un mástil, sobre el que se desplegaba una vela latina. Así los dibujaron los miniaturistas que decoraron primero el *Códice de Metz* de 814 y unos siglos más tarde el manuscrito con la *Historia del curopalates* de Ioannes Skylitzes, ambos en los fondos de la Biblioteca Nacional de Madrid.

Se desconoce qué pudo ocurrir con exactitud en este primer viaje. Por lo que cuenta la tradición grecoortodoxa, son muchas las posibilidades, exceptuando la ocupación de la isla. Lo más probable es que esos entre mil quinientos y tres mil hombres enviados por Abu Hafz desembarcaran en algún punto de la parte oriental de Creta para tantear el territorio y comprobar si había o no alguna guarnición militar que pudiera oponer resistencia. De haberse topado con alguna aldea, la habrían saqueado a conciencia para justificar el viaje, regresando a Alejandría cargados con un suculento botín que vender en el zoco egipcio, sobre todo si incluía mujeres jóvenes que ofrecer a los grandes señores para abastecer sus harenes y escuelas de música. Sin embargo, aunque las perspectivas de rapiñar la costa fueran cuando menos apetecibles, tampoco se puede descartar que la flota pasara de largo, simplemente echando un vistazo a lo lejos, sin fiarse del todo de su buena estrella o de la de su emir, pero tomando buena nota de lo que divisaban, en previsión de futuros viajes.

En las costas no había nada de interés. Hacía mucho que los habitantes de la isla habían abandonado los pueblos cercanos al mar. La primera línea de playa era un lugar peligroso, demasiado expuesto a los ataques. Creta se había convertido en una

provincia fronteriza y el Mediterráneo, en una «tierra de nadie» disputada por todos. Los cretenses habían buscado refugio en el interior de la isla, donde a los atacantes les resultaba mucho más difícil acceder. Lo que los marineros avistaban desde sus navíos no era una tierra de promisión. Nada que ver con ese país que manaba leche y miel del que habla la tradición grecoortodoxa. La realidad es mucho más puñetera y se encarga de tirar por tierra el relato del paraíso en la tierra mancillado por los invasores extranjeros. Los restos arqueológicos plantean un panorama desolador. El hambre era un problema acuciante, sobre todo entre las clases más humildes de la sociedad, en las que impacta con más fuerza cualquier alteración.

Homero dijo de ella que era la isla de las cien ciudades, pero a estas alturas de la historia, no quedaba de ellas más que un vago recuerdo diluido en el mito. Asolada por catástrofes, naturales y humanas, Creta se había ido vaciando de cretenses. ¿Y de qué servían las ciudades cuando no había quien las habitara? ¿Quién iba a reparar los acueductos y a vigilar los mercados? En medio de una crisis, lo más seguro es buscar la protección que ofrece la comunidad formada por parientes y vecinos más próximos. Ya no se necesita contacto con el exterior porque con lo que se produce en los alrededores es más que suficiente. Tampoco acuñar moneda porque para qué las quieres si no hay dónde ni en qué gastarlas. Siguieron existiendo las ciudades, la vida urbana se mantuvo y la moneda continuó circulando, pero en pequeñas proporciones, adaptadas a las nuevas (malas) condiciones de vida.

Si lo que buscaban los marineros era un botín, aquella tierra poco les ofrecía. Lo que contaron arráeces y alcaides a Abu Hafs al-Ghaliz desaconsejaba emprender una segunda expedición. Sin embargo, si pretendían otra cosa, tal vez Creta suponía una buena oportunidad. Aunque no hubiera grandes asentamientos, había zonas fértiles aptas para el cultivo y el establecimiento de nuevas poblaciones.

Los tradicionalistas griegos que cuentan lo que sucedió en la isla hablan del deseo de los andalusíes de buscar un lugar agradable en el que fundar una colonia, y qué mejor lugar que uno en el que aparentemente no habría problemas para asentarse. Desplazarse

resultaba fácil, no había fronteras ni dirigentes que regulasen los flujos migratorios. Con frecuencia, las autoridades se encargaban de organizar deportaciones masivas, trasplantando poblaciones enteras de unos lugares a otros, allí donde fuesen más necesarias. Como los doscientos mil eslavos que en 762 huyeron de las tribus protobúlgaras y fueron instalados en Asia Menor para ser aprovechados como tapón frente a los árabes musulmanes.

II

Los hechos no son los que sucedieron, sino los que se recuerdan y cómo se recuerdan para contarlos. Esta frase adaptada de las memorias de Gabriel García Márquez me sirve para preparar el terreno de lo que te vas a encontrar cuando te lleve, querido lector/querida lectora, por crónicas, historias y anales. Descuida, no vas a leer un relato aséptico ni desapasionado de lo que ocurrió hace más o menos mil doscientos años. Tampoco esta narración que te ofrezco lo será. No puede serlo porque la cualidad intrínseca del ser humano es la subjetividad, y qué aburrido sería si no fuera así. Otra cuestión distinta es falsear los relatos, faltar a la veracidad —la verdad es otra cosa, pero no quiero meterme en esos jardines— y romper el contrato social que nos ata a historiadores y ciudadanía.

Los tradicionalistas bizantinos —que no historiadores— se debían a un Imperio con vocación universalista que, sin embargo, se había quedado encerrado en una esquina del mapa. Al menos en teoría, en el momento en el que la flota egipcio-andalusí asoma por Creta, seguía viva la idea de renovar el Imperio, de reconquistar las antiguas provincias que habían sido gobernadas desde Roma y luego desde Constantinopla. Cuando leemos a Ioseph Genesios o a Ioannes Skylitzes en griego, a veces nos parece estar delante de Tucídides o Jenofonte. Vocación clásica y ramalazo arcaizante para dejar constancia de la tradición y la antigüedad del Estado. Por eso, no deben sorprenderte ciertos silencios o tergiversaciones de los hechos. Nada de lo que hay sobra; todo lo que aparece tiene un sentido en el contexto en el que se escribió.

El Imperio bizantino, su sociedad, su gobierno y la Iglesia son principio y fin en sí mismos. Rige el axioma de Agustín de

Hipona: fuera de la Iglesia solo hay tinieblas; fuera de sus fronteras impera la barbarie absoluta. El *basileus* ('emperador') es el vicario de Cristo en la Tierra y el patriarca de Constantinopla está sometido a su autoridad, pero las fronteras del patriarcado no tienen por qué coincidir con las del Estado. El emperador es el encargado de velar por los territorios aún bajo su control y de recuperar aquellas provincias que tanto en los Balcanes como en Asia les habían arrebatado eslavos, búlgaros y árabes.

Su actitud es de un pragmatismo sorprendente. Los bizantinos intentaron conocer a fondo a sus vecinos, potenciales aliados y enemigos, sus usos y costumbres, dónde vivían y qué podían esperar de ellos. En esto no hay nada nuevo, ya lo hicieron los romanos y griegos clásicos. Y, como antaño, las taxonomías de los pueblos pasan por el tamiz de los prejuicios de quien mira. Así, percibían a todos los que pululaban alrededor de Constantinopla como unos salvajes, aunque a algunos se les reconocía algún grado de civilización. Es el caso del califato de Bagdad, al que los bizantinos consideraban continuador de la Persia sasánida. A pesar de que fuesen unos infieles, representaban la otra mitad que rige el mundo, el segundo ojo que lanza su mirada vigilante, velando por el equilibrio. El califa podría equipararse con el *basileus*. El «principio de Jano», por el dios romano de dos caras encargado no solo de velar por los umbrales de puertas y años, sino también de «la custodia del vasto universo y la regulación del giro del mundo», dejando salir a la Paz o la Guerra cuando le viene en gana, según cuenta Ovidio.

La idea de orden va unida a la belleza y al bien. El *kalós kai agathos* de los clásicos. El *cosmos* es bello porque está ordenado. Nuestra cosmética nos hace sentirnos mejor porque tiene la cualidad de armonizar los rasgos faciales. Cuando eso se rompe y se altera la *taxis* ('el orden natural') querida por Dios —el Bien y Belleza supremos— nos encontramos ante un serio problema. La *ataxia* ('el caos') conduce a la perdición del Imperio y de las almas. La revolución y las novedades son una pesadilla atroz para los tradicionalistas. No hay nada peor que una innovación que viene a romper con la sacrosanta tradición. ¿Qué es el hombre sin el referente de sus antepasados? Sin ningún tipo de asidero, un

bizantino se mueve por el mundo dando palos de ciego, lamentándose por la impiedad de los tiempos que le han tocado vivir y clamando por regresar a la Arcadia feliz de un pasado ordenado, a la Edad de Oro.

Si algo caracterizó las primeras décadas del siglo IX fue la inestabilidad. Lo que pasó en Creta se interpretó como una consecuencia de la *ataxia* de los años veinte, incluso de los diez. El relato es confuso, porque ni los contemporáneos estaban seguros de lo que pudo haber ocurrido. Todo se mueve en una nebulosa de crónicas recogidas aquí y allá, de chismes oídos de este o del otro. Y los tradicionalistas no podían (ni debían) hacer nada distinto, escribiendo más de un siglo después de los hechos. Ni Simeón el Logoteta, que se puso a la tarea en torno a 860, sabía muy bien qué había sucedido. Su relato es el más temprano en la tradición grecoortodoxa, y podríamos leerlo como el más sincero. La frase con la que acaba es brutal: «Recientemente los árabes han comenzado a sojuzgar y conquistar territorios cristianos. Fue la primera vez que esto se produjo a causa de los pecados del pueblo y la impiedad de los poderosos». Sobran los comentarios.

A partir de Simeón, al resto de los tradicionalistas no les queda otra que construir unos relatos cuyo único objetivo era el de justificar su presente. Si unos agarenos —o sarracenos, como se refieren a ellos, manteniendo una tradición que se remonta a antes de la aparición del islam para diferenciar a los árabes del predesierto y el desierto de aquellos instalados en las ciudades de las tres Palestinas, Fenicia, Siria y Arabia—, procedentes de la lejana Hesperia ('Occidente', por el jardín de la Hespérides), habían logrado penetrar en aguas bizantinas y saquear a placer las islas y sus costas, se debía a la catástrofe que el usurpador había originado. De no haber sido por la *ataxia*, jamás un grupo de bárbaros desharrapados habría puesto el pie en territorio cristiano. Porque decir o escribir algo diferente suponía reconocer la debilidad de Bizancio en el mar, que la talasocracia era una entelequia desde hacía algún tiempo y que el Mediterráneo había dejado de ser un lago bizantino.

Todo lo que sucede tiene una lectura moral porque responde a la Providencia divina, lo que deja poco espacio a otro tipo de

explicaciones, digamos, de carácter material. De los andalusíes se esperaba que se comportasen como el azote de Dios, capturando a los cristianos y robándoles sus haciendas, añadiendo más fuego al fuego. Su papel en la tragicomedia de la Historia tenía que ser el del enemigo exterior que obligase a los bizantinos a retornar a la unidad política y abandonar la herejía si querían expulsar a los invasores y, a poder ser, exterminarlos. Por eso a Genesios, Skyltizes y a los anónimos tradicionalistas que trabajaron en la corte de Constantino VII Porfirogeneta (913-959) no les interesaba averiguar nada más acerca de quienes habían desembarcado en Creta. Era innecesario. Para sus propósitos, les bastaba con presentarlos como una aparición espontánea. Gentes que se encontraban rapiñando en la zona y, por casualidad, arribaron a la isla. El recurso al efectista *Deus ex machina* que tan bien les funcionó a los comediógrafos clásicos.

La autoridad del hombre providencial lo resuelve todo, para lo bueno y para lo malo. Un personaje que encarna la excepcionalidad, positiva o negativa, y se convierte en el único responsable de los hechos. El chivo expiatorio a quien se achacan las culpas de los grandes desastres que viven los Estados. En nuestra tragicomedia ese papel lo representó Tomás el Eslavo. Aunque el suyo es un relato contradictorio por parte de la tradición, que dudó si estimarlo o denostarlo, hasta que finalmente se decantó por lo último. Se había levantado contra el poder legítimo, quebrando la *taxis* y, por tanto, hundiendo a Bizancio en la impiedad política que supone alzarse contra el emperador, el vicario de Cristo. Las acciones individuales de los hombres —entiéndase este término en su sentido más restringido, como hombre, blanco y de la élite— son lo que determina en realidad la historia, actuando en los márgenes que dejan el libre albedrío y la Providencia. Es el más puro antropocentrismo, aunque sin olvidarse jamás de que todo obedece al plan divino. Tomás el Eslavo podría haber funcionado a la perfección como uno de esos personajes de las tragedias clásicas: el individuo que desafía a lo sagrado, empujado por sus pasiones —el ansia de poder, el orgullo— y es castigado por los dioses: en este caso, el dios único cristiano.

Esta forma de entender y contar la historia es la más sencilla y la que más atractiva nos resulta, sobre todo en estos tiempos nuestros de hombres tocados por la gracia del Espíritu, que acuden al rescate de naciones en crisis, expertos en señalar los males que nos aquejan como sociedad, siempre fácilmente personificables —un individuo o colectivo, qué más da—. Tomás el Esclavo era el culpable de que una flota comandada por *Apochabs* (helenización del árabe Abu Hafis) desembarcase en la isla de Creta. Una tesis que hasta ahora había sido asumida casi de manera acrítica por quienes nos dedicamos a esto, como si bastase para explicar el porqué del establecimiento de un grupo de musulmanes en territorio bizantino. Ahora bien, tampoco caigamos en el «adanismo historiográfico», otro rasgo de comienzos del siglo XXI. No se trata de hacer una enmienda a la totalidad, sino de resituar las piezas que tenemos en el tablero con el objeto de ofrecer una imagen más limpia de la partida.

En 820, hacía al menos una década que los bizantinos habían abandonado el mar como consecuencia de una política que relegó a la marina a un segundo plano. Podemos interpretarlo como una metedura de pata por parte de un *basileus* incompetente. La tradición grecoortodoxa triunfante, representada por Teófanos el Confesor, campeón de la causa iconófila, presentó las reformas de Nicéforo (802-811) como una muestra más de su impiedad y de su deseo de humillar a los cristianos. Pero lo que el tradicionalista describe como signo de degradación y de un espíritu poco cristiano podría verse más bien como un intento por fortalecer la autoridad del emperador, limitando los privilegios de los *strategos* de los *themas* (los generales de los distritos militares) en que se dividía el Imperio y también los del resto de la élite terrateniente, laica y eclesiástica. Se trataba de sacar fondos de donde los hubiera para hacer frente a la guerra contra los búlgaros, al tiempo que se laminaba la base del poder de una nobleza que discutía su legitimidad. Todo derivaba de haberse hecho con el poder tras derrocar a la emperatriz Irene (797-803), la primera en aplicarse el título de *basileus* a sí misma, así, en masculino, para escándalo de propios y extraños.

Los *themas*, sobre todo los más extensos y poderosos, suponían un foco constante de tensiones con Constantinopla, en

parte porque sus principales oficiales se consideraban marginados y olvidados cuando eran ellos quienes realmente sostenían al Estado, frenando a los bárbaros en las fronteras. El descontento se extendía a las circunscripciones marítimas, que ya habían demostrado ser una pieza clave. Un siglo antes, en 715, un motín de la flota que debía atacar las atarazanas califales en las costas palestinas había acabado con la caída de Artemio y la entronización de Teodosio, cuyo reinado no se prolongó más allá de ese mismo año. Para evitar la anarquía militar y acabar con las ansias intervencionistas de una armada de la que dependía la seguridad del Imperio, se crearon nuevos *themas* marítimos alejados de la capital, y a estos se les concedieron numerosas prerrogativas. Los marinos de los Cibirreotas (en la costa meridional de lo que hoy es Turquía) se convirtieron en «clientes fieles» de la dinastía isauria, la misma con la que había terminado Nicéforo, no ocultando en ningún momento sus simpatías iconoclastas ni su marcado carácter antiaristocrático.

Una marina popular, dirigida por oficiales salidos del pueblo. Ante esta imagen, corremos el riesgo de caer en la tentación de percibir las reformas de la primavera de 810 como un intento de introducir una división entre marineros pobres y marineros ricos, un primer paso para romper con la armonía en la flota *thematika*. Desde un punto de vista marxista, podría decirse que existía una conciencia de clase entre los marinos de una armada igualitaria. Lamento mucho tener que romper esta imagen idílica, pero dista mucho de ser cierta. El que se obligara a los *naukleros* a adquirir tierras en Asia Menor perseguía otro efecto menos rebuscado.

En este ejercicio que te propongo para resituar las piezas en el tablero, tenemos que traducir bien la voz *naukleros* para circunscribir a quién le afectaba la medida. El término se refiere a los armadores y propietarios de los navíos, capaces en un momento dado de ejercer las funciones de capitán o piloto. Con este apunte, lo que nos encontramos es una armada en manos privadas: hombres particulares que poseen una cierta fortuna originada en los negocios marítimos. Esto supone que existe una aristocracia del mar y, por tanto, un proletariado que se enrola en los diferentes navíos. En este sentido, las relaciones entre patrones u oficiales

y la marinería se parecen más a las correlaciones clientelares que a un supuesto igualitarismo. Nicéforo no viene a quebrar ninguna armonía social porque esta simplemente no existe. O existe solo en la medida en que el *naukleros* es capaz de garantizar a sus hombres pingües beneficios provenientes todos ellos del saqueo de las costas de Siria y Palestina y de la venta de cautivos de ambos sexos. Situación que debe de resultarte familiar...

Forzarlos a convertirse en terratenientes no era más que una maniobra para asegurarse de que la riqueza que habían amasado con sus razias circulaba. Mediante la compra de tierras y el establecimiento de cultivos producían alimentos con los que abastecer a las ciudades de Anatolia y pagaban impuestos; además, tenían que seguir invirtiendo en la mejora de sus haciendas agrícolas y en la vida de sus campesinos. Naturalmente, esto traía recursos del mar. Los *naukleros* no destinarían ya la misma cantidad de recursos al mantenimiento de sus naves, tampoco la fracción del botín ni la paga que recibían los marinos serían las mismas. Todo esto provocó que la armada dejara de ser atractiva para una parte de la población asentada en el litoral bizantino. El mar era un espacio peligroso, asentarse en esas costas y embarcarse implicaba asumir riesgos que solo eran aceptables si la promesa de enriquecerse era cierta. En la década que media entre la reforma de Nicéforo y la revuelta de Tomás el Eslavo, la armada fue menguando y perdiendo efectividad. Dejaron de ser los niños mimados del emperador, y los oficiales adquirieron otros intereses, algo que perder si se les ocurría alzarse en armas. Sus energías se dirigieron a partir de ese momento a no dejarse robar las tierras por la aristocracia latifundista tradicional, que los veía como intrusos indeseables.

Con todo, estoy convencido de que Nicéforo te parecerá un imbécil que no supo calibrar el riesgo que corría al desmovilizar a la flota en una región tan peligrosa de la frontera. Pero que no se te olvide que ahora tenemos toda la información sobre el estado de las distintas fuerzas y conocemos lo que vino a continuación. Los juicios de valor *a posteriori* no sirven de nada. En la primavera de 810, el flanco marítimo era el que menos preocupaba al *basileus*. Por ahí, todo estaba tranquilo. Ni en la peor de sus pesadillas

imaginaban los romanos que pudiera emerger una flota capaz de poner en jaque su dominio sobre el mar. Bien es cierto que el Imperio bizantino había sufrido graves reveses en el Mediterráneo frente a las escuadras califales y había una suerte de reparto tácito de las áreas de influencia entre ambas, pero los romanos habían logrado mantener la posición y, de algún modo, estar unos pasos por delante de sus rivales.

La historiografía europea occidental suele hacer gala de la importancia de la batalla de Poitiers (732) como el freno a la expansión islámica en el continente, pero dejan deliberadamente en el olvido lo que supuso la derrota de los omeyas ante Constantinopla en 717 y la aún más decisiva batalla naval de Keramea (734), que puso coto al expansionismo marítimo del califato de Damasco. Esta última victoria dio a los bizantinos una falsa sensación de seguridad que, a la larga, se demostró fatal. Aún en 810, nadie en el entorno de Nicéforo —amigos o enemigos— creía que los abasíes o cualquiera de los emiratos semiautónomos de la ribera mediterránea estaban en condiciones de armar una fuerza naval digna de ese nombre. Después de todo, no disponían de los conocimientos ni del desarrollo técnico para poder llevarlo a cabo, o eso creían.